

Cuento

Atila vuelve a cabalgar

Pablo Acosta Reyes* / pescritor@hotmail.com

La noticia de la muerte de Atila pasó desapercibida en la Guarnición de Bramonte, pero estalló en el Comando General de Barrenieblas como si fuera una mina quiebrapatas, llegaba condimentada con la pizca de aliños que cada quien fue agregando a la orden lacónica del capitán Chillán, ordenanza, había dicho, comuniqué al oficial de servicio la muerte de Atila durante la noche, y a partir de esa instancia la Guarnición resultó inundada por una hemorragia incontrolada de partes que desbordaron cualquier previsión: mi teniente, mi capitán ordena informarle la baja de Atila por la noche, sargento, le comunico para lo de su competencia que Atila fue dado de baja al filo de la media noche, cabo, transmita la baja de Atila en competencia con armas de filo durante un operativo nocturno de alta prioridad, ttelegrafista, comuniqué en clave de alta prioridad la baja de Atila en combates cuerpo a cuerpo con armas de doble filo durante un operativo nocturno.

<<Urgente stop guarnición Bramonte informa desde cero horas adelán-

tase operativo alta prioridad stop combates bayoneta calada dejonos fuera competencia fuego nocturno stop Atila dado baja arma doble filo stop honor antes que vida stop viva la muerte stop>>.

El coronel Teofrústides Pastrana, del Comando General de Barrenieblas, recibió el mensaje cifrado, se sintió y echó un latinajo que aprendió en los años de seminarista en la Escuela Jamesiana: *mortus est qui non resolla et vivus est qui patalea*, el oficial pensaba en lo crítico de la situación de la Guarnición, era notorio que habían agotado el parque y combatían a bayoneta limpia, ¡con lo jodido que's esa mierda!, agregó en el bramontés crudo aprendido en el cuartel, pero a pesar de la gravedad del asunto no pudo menos de vacilar antes de atreverse a interrumpir el juego de golf del general, al cabo de una hora de incertidumbre decidió ir a cumplir con su deber, con el permiso del señor general, llegan noticias alarmantes de Bramonte, acabo de ordenar el alerta naranja, el superior hizo caso omiso del papelote que le tendía el subalterno y seleccionó con especial cuidado el palo de golf adecuado, mientras el superintendente segundo que hacía las veces de cadi rescataba la pelota de un hormigue-

ro cercano y la colocaba de manera que el jugador pudiera golpearla con toda comodidad, luego de un silencio preñado de presagios poco halagüeños, el general escupió por los incisivos de la dentadura postiza un seseo con que pareció decir que ahí nunca pasaba nada, ¡ni mierda!, agregó, pero si el señor coronel Pastrana había decidido alertar la tropa sin el consentimiento del superior en el mando tuvo que haber estallado la tercera guerra mundial, el otro insistió: con el permiso del señor general, la Guarnición de Bramonte ..., y ahí fue interrumpido con el giro despectivo característico del comandante: ¡vuelta la burra al trigo y el pollino a la cebada!, el señor coronel Pastrana debería apreciar el próximo *putter*, pudiera ser la última vez en su carrera de soldado activo que lo viera jugar al golf, ¡a su superior carajo!, en eso el general abanicó los brazos y asestó el golpe, pero la pelota dio un rebote corto y fue a parar al mismo hormiguero, ¡maldita sea!, eso pasaba por parar bolas a los pendejos que se aparecen sin llamarlos, volvió a mirar al coronel Pastrana y concluyó: ya es hora de dejar el golf y largarse a la guerra de Chillán, ¡fir!, un, dos, un ...

* Escritor colombiano, ha publicado ensayos, escritos jurídicos y libros de cuento. Finalista del concurso Novena Convocatoria de Libros de Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín.

El Estado Mayor estaba reunido en la comandancia, a merced de un nerviosismo pegajoso que se fue incrementando en la medida que los zapatos claveteados del general arañaban las baldosas del corredor, la frente de los guerreros aparecía perlada de sudor, el comandante solicitó unos minutos de tregua y ya en el despacho privado rezongó al ayudante que lo comunicara con Bramonte.

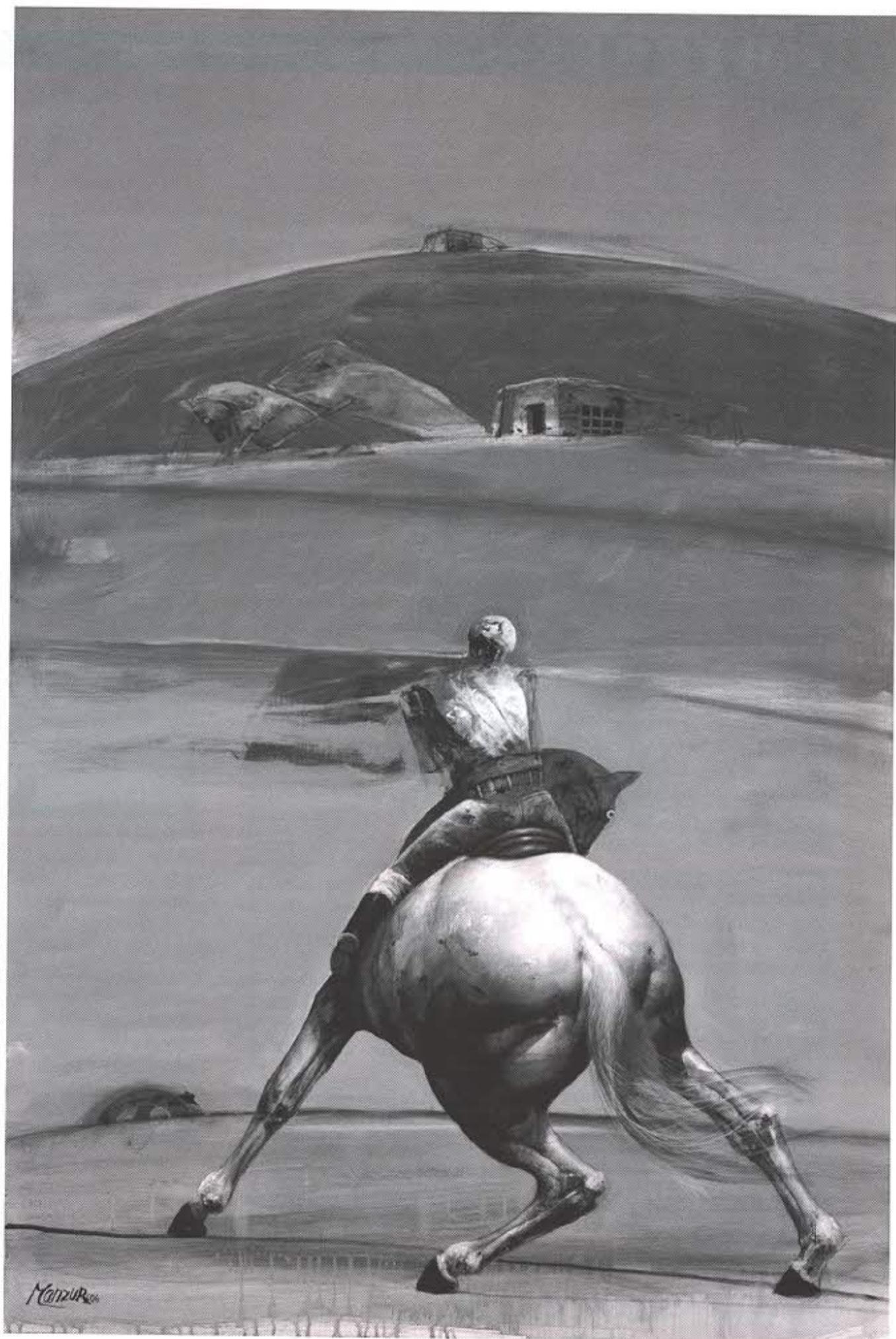
¿Aló?, capitán Chillán, ¿mescucha?, aló Chillán, ¿mestá escuchando?, el subalterno sintió el latigazo del mando y se sometió automáticamente: ¡fir!, sí mi general, loigo mi general, el superior bajó un poco la tensión y continuó como si nada: ¿cómo está la cosa en Bramonte?, siga Chillán, el interlocutor vaciló un instante, pero entró en confianza y se apresuró a responder: pues, ¿qué quiere que le diga mi general?, por aquí en la Guarnición el tiempo ha sido más bien seco, pero la cosecha de mangos vino muy buena ¡eso sí!, le voy a mandar unas mangas bien gordas, para que las pruebe y sepa lo dulces que son, se escuchó débilmente en la bocina, mientras el general sentía un golpe de sangre en las sienes y tomaba el color amoratado de los mangos híbridos, sin embargo, logró sobreponerse y despachó con su voz de corneta: ¡cállese Chillán!, no diga huevonadas, límitese a informar las novedades de la Guarnición, ¿me oyó

capitán?, ¡siga!, el subalterno quedó desconcertado, no obstante, repuso que no había nada que informar en especial, lo único sería la muerte de Atila si a eso podían llamarlo novedad, a la sazón el otro urgió: ¿y quién diablos es Atila?, al otro lado del hilo se escuchó una voz tamizada por el granizo de la estática: pues el caballo padrote mi general, ahí sí fue cierto que éste se puso frenético, ¿cómo dijo?, ¡repita lo que acaba de decir, ¡repítalo capitán!, en eso el aguacero de granizo arreció y apenas permitió al general escuchar algo así como *el cab drote bio garse apa y rio che*, casi sin voz por efecto de la ira, el superior vociferó a punto de sufrir un ataque de apoplejía: ¡diga si hay novedades bélicas carajo!, pero antes de ocurrir el accidente coronario se estabilizó la onda de sonido y pudo escuchar mejor al subalterno: sí mi general, digo que el caballo padrote debió tragarse una grapa y se nos murió anoche, ¡eso era demasiado!, el capitancito de pipiripao que se las daba de chistoso podía jurar que le haría tragar una bayoneta si no informaba los detalles del enredo en que andaba metido, por escrito y en el término de la distancia, ¡capitán!

A su turno, Chillán atusó el bigote lacio que le chorreaba por la comisura de los labios y llamó a voces al dragoneante Coro Guayara, esa vaina de ocultar el robo del mocho y fingir su muerte le había caído desde

el principio como una patada en los cojones, ¡quién sabe qué chisme le llevaron al viejo pedorro y estaba que comía gente!, le pidió un informe de la joda y claro, tenía que enviar el acta de baja de Atila, ¡bonita esa Corito!, el otro intentó explicar la cosa, pero el oficial fue enfático: ¡fir!, llamar al teniente Unda y al auditor y levantar el acta de baja del caballo, mientras Corito remueve tierra por ahí y echa' correr la bola de que's la tumba de Atila, ¡rápido cabrón!, colocar un letrero con el nombre del burro y poner unas flores bonitas, lo que se vien encima es un Consejo de Guerra, ¡ar!

(Coro se llamaba Sebastián, pero en el cuartel no lo conocía por su nombre de pila, hasta en la relación de guardia figuraba con el sobrenombre que le pusieron cuando estuvo de moda la canción de Sebastián rompete el cuero, porque al cantarla se emocionaba y gritaba: <<¡coro, coro!>>, con el propósito de encender los ánimos en la parte del estribillo, poco a poco se fue ganando la confianza del cuerpo y en especial la del capitán Chillán, por eso al ocurrir el hurto de Atila a manos de los gitanos, siendo Coro el custodio responsable, el oficial simuló la muerte del caballo sin calibrar las eventuales complicaciones ni mucho menos imaginar el revuelo que causaría la adulteración de la noticia a lo largo del escalafón militar).



Días después, el capitán Chillán y el teniente Unda paseaban por las inmediaciones del cuartel y les llamó la atención el siseo que salía detrás del tronco de un cedro centenario, era Coro, ¿ahora qué demonios pasaba?, de inmediato resonó entre la floresta un susurro sibilino: ¡apareció Atila!, ¡no!, ¡eso no podía ser cierto!, lloriquearon a una los oficiales, ¿cómo Corito les hacía esa vaina?, ¡el informe sobre la muerte del caballo debía estar en manos del general!, con permiso, mi capitán y mi teniente, no es culpa mía, el caballito se les debió zafar a los gitanos y regresó al galope, porque venía todo sudado, ¡pobrecito!, menos mal que lo pude atajar antes de llegar al puesto de monta y lo tengo bien escondido en la estancia de don Cantalicio Guaira.

Al rato llegaron en un campero a lo de Guaira, cabizbajos, el capitán Vinasco Chillán, el teniente Cístenes Unda y el señor Heyne Gandica, auditor interno de la Guarnición de Bramonte, Coro Guayara conducía el vehículo parecido más bien a un carro mortuario.

En la vida todo tiene solución y por eso los esperaba con ella en la mano, aseguró el hacendado, pero antes debían ponerse cómodos y tomarse un trago de güisqui, Heyne Gandica terció por reconocer el animal antes de cualquier cosa y Guaira accedió

gustoso, lo llevó al mangón de los terneros donde tenía al caballo camuflado, en efecto, era Atila de cuerpo entero, lucía desmirriado y sin herraduras, pero los recibió con un relincho de alborozo demasiado familiar como para sospechar que pudiera tratarse de un impostor, de todas maneras el auditor constató en el cuero de la paletilla derecha la marca del hierro GB, y sí, era Atila, no cabía duda, en eso el teniente Unda preguntó al hacendado cuál era la solución que decía tener a mano, éste sacó del cinto un Colt Caballito y lo tendió a Chillán, es todo suyo, por cuestión de jerarquía, el oficial recibió el arma por simple maña militar y movió la cabeza de un lado a otro tratando de espantar los malos pensamientos, la figura esbelta del caballo apareció circundada por una aureola plateada y se fue proyectando en la distancia hasta desaparecer entre un enjambre de mariposas paralizadas en el paisaje primitivo, el aire se había impregnado de un olor a pachulí, mientras bajaba del samán más alto la melodía de un tango en el que Chillán creyó descifrar la voz de Carlitos Gardel cantando Por una cabeza, la luz pareció temblar y el campo quedó en la penumbra de los milagros, en tanto una brisa repentina desprendía el revólver de la mano del oficial y lo depositaba sobre la hierba aun humedecida por

la última micción de Atila, al cabo de un silencio patético, Guaira intuyó la decisión de conmutar la pena de muerte al caballo y ordenó sacarlo de la estancia a la mayor brevedad, Coro lo haló por el pisador y se alejó silbando el estribillo de Sebastián rómpe el cuero.

El regreso solitario de Coro devolvió la tranquilidad al cuartel, y el tedio de la rutina castrense los mantuvo embalsamados hasta que Chillán recibió el informe de la visita del general Foción Salabarieta y su Estado Mayor con motivo de las celebraciones pascuales, vendrían en cabalgata informal, de suerte que los recibirían en el Alto de los Micos.

Chillán tendió los binóculos y observó a los caballeros, enfocó uno por uno a los jinetes y se enfrascó en la corpulenta humanidad del general, estaba gordo y la cara era un trapo arrugado, sin embargo ahí venía con su genio de alacrán, iba bien montado el general, a ver, ¿qué caballo es ese?, ¡no, no puede ser!, entregó los anteojos a Coro y lo miró amenazador, el subalterno esbozó una sonrisita y admitió: sí señor, es Atila, ¿acaso el capitán no sabe que a caballo regalado no se le mira el colmillo?